



Fe cristiana, bautismo e identidad social:

Diálogo con Gálatas 3,26-29

1. Introducción

Cómo actuamos en relación a los demás y al medio social en el que nos movemos es, a la vez, una manifestación de lo que pensamos, valoramos y creemos. Dada esta relación dinámica y compleja de la cual no podemos vaciarnos sino más bien hacerla nuestra, es bueno reflexionar sobre las variables que moldean nuestra identidad, sobre todo ante los desafíos que nos plantean las ideas, las necesidades y las experiencias de la vida. La comunidad cristiana, más que cualquier otro conglomerado humano, debe reclamar para sí y modelar este postulado de ser y actuar.

Interpretar las Escrituras desde nuestra situación de cristianos latinos, supone dos movimientos distintos pero a la vez coincidentes, los cuales posibilitan una redefinición de quiénes somos. Por un lado implica ser sensibles a los condicionamientos histórico-políticos, socio-económicos, culturales, literarios, religiosos y filosóficos del momento cuando esta antología de documentos fue elaborada, y en la que se resaltan las experiencias de fe de nuestros ancestros en su diálogo con lo sagrado. Por otra parte, leer las Escrituras de este modo implica también un esfuerzo por reencontrarnos con Dios en Jesús pero desde el marco de nuestras propias realidades

Se ha señalado que nuestra concepción de quiénes somos tiene una incidencia directa en la manera cómo nos comportamos y cómo nos relacionamos los unos con los otros dentro de las estructuras sociales en las que vivimos.

sociales. El objetivo es retocar o inclusive podar nuestra identidad y propósito en la vida como miembros de la comunidad mística de fe, generación tras generación. Mientras que en el primer movimiento miramos a la Biblia como si fuera a través de una ventana y explicamos lo que está detrás de ella —su trasfondo—, en el segundo completamos el ciclo usando a la Biblia como espejo en el que proyectamos nuestra propia humanidad en aras de transformarla —nuestra realidad social.

Muchos son los pasajes bíblicos a los que bien pudiéramos aplicar las tonadas hermenéuticas arriba resumidas, a los efectos de saber quiénes somos. Pero para quienes “la igualdad” y “la justicia” son dos de los pilares más importantes de la fe contemporánea, Gálatas 3,26-29 es uno de esos textos fuera de serie que no debemos obviar y que, por fuerza mayor, siempre debemos re-interpretar. Al examinar este pasaje notamos que éste enumera varias características histórico-teológicas que no sólo definen la identidad de los gálatas en relación a Dios por medio de Cristo, en el marco del plan divino de liberar a todos los pueblos, sino también la nuestra —por extensión y punto de encuentro.

Sin embargo, dentro de esa nueva identidad que se nos confiere, se destruyen ciertas barreras sociales y privilegios creados por entes de poder en el mundo greco-romano —por lo menos en principio— delante de los ojos de Dios, en la Iglesia o a nivel de discurso. Como bien han señalado muchos eruditos bíblicos, Gálatas 3,26-29, a la luz de su propio contexto social, introduce algunos cambios significativos en el mismo contexto de la iglesia primitiva (cf. v. 28). Sin embargo, esos cambios, si los tomamos como parte de una trayectoria y proyección histórico-divinas, parecen haber iniciado un movimiento que debería llevarnos a hacer más cambios sociales, particularmente con respecto a otros grupos marginados que no fueron parte de la cosmovisión, la categorización y el lenguaje correspondientes a aquel momento histórico. Esta comprensión de Gálatas 3,26-29 no ha sido explorada o explotada como deberíamos.

Si esta interpretación es correcta y Dios ha de seguir manifestándose en los acontecimientos y nuestro entendimiento de ellos a través de la fe, entonces sería lógico que no nos conformemos con el mensaje literal de Gálatas 3,26-29 o que fosilicemos sus implicaciones. Entre otras cosas, tendríamos que identificar a otros grupos marginados no contemplados en éste y otros textos bíblicos. También nos tocaría decidir qué lenguaje hemos de utilizar para referirnos a ellos y cómo hemos de tratarlos. Una profunda conversación con este pasaje podría ayudar en este proceso de re-calibrar la naturaleza y misión de la Iglesia, al igual que su identidad.

2. Los gálatas: percepciones y desafíos de una identidad en formación

La predicación del evangelio en el primer siglo fue un evento tanto intra-cultural como trans-cultural. En sus comienzos este mensaje fue predicado por judíos a judíos, resultando en el establecimiento de comunidades de fe relativamente uniformes. Posteriormente, el

Para quienes “la igualdad” y “la justicia” son dos de los pilares más importantes de la fe contemporánea, Gálatas 3,26-29 es uno de esos textos fuera de serie que no debemos obviar y que, por fuerza mayor, siempre debemos re-interpretar.

anuncio de las buenas nuevas se extendió a los gentiles, con la consiguiente formación de iglesias gentiles y la incorporación de miembros no-judíos a las iglesias judeo-cristianas. Esto tuvo sus ventajas y desventajas.

El acercamiento de dos pueblos que por años habían estado separados por prejuicios etnocentristas y legitimados por sus respectivas religiones, levantó entre los cristianos una serie de preguntas lógicas, quizá nunca antes hechas, y como resultado lógico del acercamiento de personas de culturas multiformes: ¿Cuál debe ser la relación entre los gentiles y los judíos en la iglesia? ¿Qué lugar y papel tiene la ley mosaica en relación a la fe en Jesús como Señor y Liberador? ¿Deben los gentiles someterse a las instituciones del judaísmo o es que acaso sus rituales quedan eliminados o supeditados al evento Cristo? ¿Es prudente que un cristiano gentil y un cristiano judío tengan comunión? ¿Deben comer la misma comida? ¿Deben observar los mismos días de fiesta? ¿Debe aplicarse la circuncisión a los gentiles como rito indispensable de entrada a la comunidad del Nuevo Pacto? ¿Tiene un gentil creyente la obligación de observar la ley mosaica para ser verdadero cristiano?

Estas preguntas son claras manifestaciones de las relaciones de poder entre diversas culturas, sujetas a la dinámica “inclusión-exclusión” y del proceso de mutua adaptación. Según lo expuesto en Hechos y las cartas paulinas, parte del trabajo pastoral de Pablo consistió en dar respuesta a estas interrogantes y otras parecidas. Como judío enviado a los no-judíos, su misión consistió en crear un ambiente social en donde tanto judíos como no-judíos pudieran verse y tratarse como miembros de la misma familia espiritual. Según el apóstol, fuerzas contrarias a este ideal tendían a acentuar la estratificación social entre los judíos y los diversos pueblos gentiles y amenazaban con destruir la unidad que Cristo había logrado con su propia muerte. La situación que motivó la escritura de la carta a los gálatas fue apenas una pequeña muestra sintomática de esta situación generalizada, especialmente en Jerusalén y Antioquía de Siria.

Como ya sabemos, Pablo fundó la iglesia en la región de Galacia (ahora el país de Turquía) durante su primer viaje misionero a Asia (Hch 13,1-14,28), pero un tiempo

más tarde algunos maestros judaizantes —posiblemente de la iglesia de Jerusalén o influenciados por un pensamiento similar— arribaron a Galacia y comenzaron a enseñar una doctrina diferente a la que Pablo había enseñado; también cuestionaron en parte la naturaleza de su apostolado. Para colmo de males, los gálatas parecían haber dado cabida a la duda y estaban a punto de atravesar por el umbral de la misma apostasía. Da la impresión de que por la mala influencia de estos judaizantes, muchos miembros de las comunidades de fe en Galacia, de origen hebreo, creían tener el derecho exclusivo a ser llamados “hijos e hijas de Dios”, por ser descendientes directos de Abraham y beneficiarios principales —sino únicos— del pacto de Dios con Israel, hecho simbolizado y sellado por la circuncisión.

Este estatus, según los defensores de esta ideología religiosa, les daba “el derecho” a mirar de arriba hacia abajo, vejar y hasta excluir a personas no-judías. Decían que, para ser salvos, los gentiles debían observar la ley mosaica (Gal 3,23; 4,4-5.21; 5,3.18; 6,2.13) y especialmente la circuncisión como puerta de entrada para ser considerados legítimamente como “hijos de Abraham” (Gal 5,6; 6,15). Pensaban que aquello que se les exigía a los prosélitos gentiles en su proceso de conversión al judaísmo, debía también exigírseles a los gentiles cristianos y aquellos que consideraban la posibilidad de convertirse al cristianismo. Un abismo separaba a estos dos pueblos, mas los gentiles debían recorrer bastante trecho para borrar esta separación. Debían conformarse a la Torá y a la interpretación de los judaizantes “cristianos”. Como parte de su estrategia re-socializadora, estas personas también se dieron a la tarea de desacreditar la autoridad de Pablo, particularmente la naturaleza de su apostolado y mensaje (Gal 1,6-2,21). Además, señalaban que la falta de apego y sumisión a la ley de Moisés resultaba en anomia o liberalismo moral.

En Gálatas 3,26-29 encontramos por lo menos seis principios que definen el estatus e identidad de los cristianos con respecto a Dios y a otros creyentes, y que deben determinar cómo ellos deben verse entre sí y tratarse en y por medio de Cristo como motivación, criterio y meta. Mas sus implicaciones son significativas.

3. Respuesta de un pastor preocupado por su legado y la identidad de los suyos

¿Qué hacer ante esta crisis? ¿Cómo responde el apóstol a estos planteamientos que abiertamente echaban por el suelo su versión del Evangelio y cuestionaban seriamente la legitimidad de su vocación y ministerio? ¿Cuál es la relación entre la fe y la ley mosaica? ¿Cuál de estas dos es prevalente? ¿Qué posición adopta Pablo en relación a la manera como los gentiles son tratados por esta ideología? ¿Cuál es su antropología y eclesiología y qué estrategia retórica utiliza para comunicar sus ideas?

Indignado ante esta grave situación, Pablo escribe a los gálatas con varios y posibles objetivos en mente. Primeramente busca reafirmar la legitimidad de su autoridad, misión y mensaje como heraldo del Cristo resucitado. Pablo ha sido comisionado directamente por el Mesías glorificado para predicar a los gentiles, por lo que su mensaje es de origen divino y no mera invención humana. Esto fue ratificado por Pedro, Juan y Santiago. Además, Pablo ha sido consecuente y consistente con el mismo hasta el punto de confrontar al mismo Pedro, por lo menos en una ocasión (Gal 1,6-2,21).

Por otro lado, Pablo rechaza categóricamente el legalismo judaico al igual que su hermenéutica, y reitera, en su lugar, que la plena confianza en Jesús como “el Ungido de Dios” es el único requisito para ser salvo y para disfrutar de las responsabilidades y derechos que este requisito conlleva. La muerte de Cristo en la cruz, con sus respectivas implicaciones éticas, es la única realidad histórica en la que hay que depositar la fe y que salva. Como evidencia de ello, los gálatas han recibido el Espíritu de Dios (3,1-5), son verdaderos hijos de Abraham gracias a la fe (3,6-9; 4,7) y la ley jamás ha interferido con las promesas hechas a Abraham (3,10-25).

La fe expresada en el bautismo establece la identidad de todos los creyentes (3,25-29). La ley —y la alianza y la era que la ley representa— ocupa un lugar y cumple con una función secundaria. Sobre esta base y contrario al pensamiento de los judaizantes, Pablo jamás exigió que los gentiles se sometieran a los designios rituales de la ley judía. Para él la salvación no se obtenía de esta manera. La salvación existe y se da por la gracia de Dios y por medio de la fe en Cristo (Gal 3,1-29). Los gálatas no son, en última instancia, los únicos hijos de Abraham, sino que todos los cristianos—judíos y no-judíos, por la fe que media y el bautismo que la simboliza, pertenecen a Dios y a la misma familia espiritual por igual; son miembros de un solo cuerpo. Teológicamente no hay lugar para la estratificación social entre los miembros de la iglesia ni para la marginación de los mismos.

En Gálatas 3,26-29 encontramos por lo menos seis principios que definen el estatus e identidad de los cristianos con respecto a Dios y a otros creyentes, y que deben determinar cómo ellos deben verse entre sí y tratarse en y por medio de Cristo como motivación, criterio y meta. Mas sus implicaciones son significativas.

3.1. Todos los creyentes en Cristo son prole divina (v. 26).

Dada la gravedad y la urgencia de la situación que afecta a todos los gálatas, Pablo comienza este pasaje con una afirmación clara y categórica: ¡Toda persona que ha depositado su confianza en Jesucristo se convierte ipso facto en “hijo e hija de Dios!” En el contexto anterior a Gal 3,26-29, el apóstol ha argumentado que la ley judía tuvo una función temporal y que, por lo tanto, no tiene jurisdicción sobre los cristianos ahora. Ella cumplió una función netamente instrumental y pedagógica; se debe prescindir de su guía una vez que se es adulto. Sólo la fe es necesaria en el nuevo orden. Por eso Pablo se dirige directamente a los gálatas y les recuerda que Dios es su Padre y que están vinculados oficialmente a Dios en virtud de su fe en Él. Más tarde les dirá que dicha fe fue objetivada a través del rito del bautismo (v. 27). Esto significa que la filiación a Dios y la comunión con Él ya no son propiedad exclusiva de un grupo étnico-religioso en particular, ni siquiera del mismo pueblo hebreo.

Para comunicar esta idea, Pablo ha tenido que redefinir el significado de la expresión “hijo de Dios,” vertiendo en ella nuevo contenido y haciéndola más inclusiva. En el mundo judeo-greco-romano, la frase “hijos de Dios” fue una expresión idiomática de carácter técnico y uso común que funcionó como título honorífico reservado a ciertas personas. Fue un símbolo de poder por el que se rotulaba y segmentaba a muchos miembros de aquella sociedad. Entre los griegos, el calificativo “hijo de Dios” se aplicaba a personas que tenían atributos similares a los dioses o que tenían una relación íntima con los mismos.

Entre los estoicos, Zeus era el dios padre de todos y sus criaturas eran sus hijos. Por su sabiduría y autoridad, los reyes se presentaban a sí mismos y eran vistos como “hijos de Dios”. Pero este título tuvo una fuerte carga teológica y larga trayectoria en el judaísmo clásico también. Originalmente, el título “hijo de Dios” se aplicaba exclusivamente a Israel, en virtud de ser el pueblo elegido y con el cual Dios hizo el pacto. Ellos eran “hijo de Dios” o “hijos de Dios”. Más específicamente, la expresión se aplicaba a “los justos” en Israel. Como vemos, fue una expresión circunscrita a cierto tipo de persona con la cual se excluía a otros.

Pablo, sin embargo, toma este título honorífico y, como parte de su diálogo con el AT, redefine su significado desde otra ubicación social. Le da un nuevo sentido haciéndolo más amplio, por lo menos más que su sentido original. Por lo tanto, aplicar este título a un grupo particular de cristianos y no a otros, no es el cumplimiento de la promesa que Dios había hecho de re-establecer a Israel como sus hijos, como quizá argumentaban los falsos maestros en Galacia. La nueva condición filial de la que disfrutaban todos los cristianos, al igual que las palabras que la designan, no son más parte del patrimonio hebreo. Son marca de identidad social que abarca al ser humano en su totalidad.

De acuerdo a Pablo, estar relacionado a Dios filialmente es una condición que puede y debe estar al alcance de todo tipo de persona. La sociedad en la que Pablo ministró era una sociedad altamente estratificada,

¿Cuál es la clave de este cambio de estatus social, especialmente para los no-judíos? La plena creencia y confianza en Cristo. La fe es el medio que opera o facilita la transición de ser “no-hijo de Dios” a ser “hijo de Dios.” Pero la fe en Cristo es también lo que posibilita y simboliza una relación íntima, personal y dinámica entre el creyente y Cristo.

como el v. 28 lo indica. No obstante, para Pablo todos los cristianos disfrutaban, en igualdad de condiciones, de un derecho que antes fue propiedad única de un solo tipo de comunidad étnico-religiosa. Al expresarse en estos términos, Pablo sin duda rompe con las tradiciones dominantes y crea una nueva manera de ver y tratar a otras personas.

¿Cuál es la clave de este cambio de estatus social, especialmente para los no-judíos? La plena creencia y confianza en Cristo. La fe es el medio que opera o facilita la transición de ser “no-hijo de Dios” a ser “hijo de Dios.” Pero la fe en Cristo es también lo que posibilita y simboliza una relación íntima, personal y dinámica entre el creyente y Cristo (1,22; 2,4.17; 3,14). Así como la fe ha reemplazado a la ley mosaica como marca distintiva para ser “hijos de Dios” bajo la antigua alianza, así Cristo ha reemplazado a la comunidad de Israel como el contexto o punto de referencia étnico, a partir del cual se determina quién pertenece o no pertenece a la familia divina. Para Pablo, ser “hijo de Dios” es un título filial que sólo se aplica a la persona que ha sido justificada ante Dios por la fe, y que a su vez está anclada en Jesús mismo (4,5; cf. 1,16; 2,20). La fe en Cristo es tanto condición de entrada como regla de vida en contexto de familia.

Debe entenderse también que ser “hijo” o “hija de Dios”, como metáfora de nuestra posición y relación con Dios, implica también la existencia de una familia espiritual y nuestra relación con otros hermanos y hermanas. Por eso necesitamos tener en cuenta nuestro estatus y roles como individuos que tienen al mismo Padre. Además, la posición y la relación filial del cristiano para con Dios no es fruto del esfuerzo humano; es más bien regalo de lo alto. Como Pablo bien lo señala en otros textos, el Espíritu Santo es quien confiere el estatus de hijos e hijas de Dios (Gal. 4:6-7; cf. Rom. 8:14). Con esta primera declaración de identidad social, Pablo comienza

El bautismo media simbólicamente nuestro acercamiento a Dios y nos reubica en la vida. Por medio de él, Dios incorpora al creyente a Cristo. Para parafrasear un poco la idea del v. 27, es la fe en Cristo lo que lleva a la persona hacia Cristo, para que ésta esté unida a Cristo, y viva la vida de acuerdo a Cristo.

a socavar las bases del muro ideológico de separación entre judíos y gentiles, creando así una sola comunidad de hermanos y hermanas con las mismas responsabilidades, privilegios y derechos —por lo menos a nivel de pensamiento.

3.2. Por medio del bautismo, todos los creyentes están cubiertos con la persona del mismo Cristo (v. 27)

Ser prole divina es una condición mística pero práctica de la que participan tanto los judíos como los gentiles, gracias a su fe en Cristo; no es la adhesión deontológica a una ley caduca e inoperante. El bautismo (o “lavamiento cristiano”) es la mejor mediación y objetivación histórica de la filiación del cristiano a Dios como su Padre (v. 27a). Por eso, Pablo recuerda a todos sus lectores que cuando estos, junto con otros creyentes, descendieron a las aguas, Cristo -sacramental o místicamente hablando- los cubrió con su misma persona. Por supuesto, para el apóstol la fe precede al bautismo, el cual en sí mismo no confiere ningún estatus especial o mágico delante de Dios; la fe como el bautismo se complementan. Son dos elementos importantes que forman parte de la iniciación cristiana. El bautismo es más que parte de una liturgia, es una confesión que se valida en y por medio de un estilo de vida (Rm 6,3-4.8).

La estructura profunda del mensaje de Pablo en este versículo es que Dios es el agente principal de este bautismo. Es posible que la voz pasiva de la traducción del verbo griego *ἐβαπτίσθητε* (“han sido bautizados”) señale a Dios como el sujeto (no manifiesto) que hace la acción de “lavar” con el agua del bautismo a los creyentes. Si esto es así y sin menospreciar la función humana en el acto bautismal como tal, el nuevo estatus que el bautismo nos confiere es, teológicamente, obra absoluta de Dios. Según esta forma de razonar, entonces, nadie debería vanagloriarse.

El bautismo media simbólicamente nuestro acercamiento a Dios y nos reubica en la vida. Por medio de él,

Dios incorpora al creyente a Cristo. Para parafrasear un poco la idea del v. 27, es la fe en Cristo lo que lleva a la persona hacia Cristo, para que ésta esté unida a Cristo, y viva la vida de acuerdo a Cristo. Visto de este modo, el bautismo facilita y representa un cambio de posición ante Dios y otros creyentes. Tomando todo el pasaje en consideración, pasamos de ser no-hijo a ser hijo de Dios (v. 26); de estar sin ropa a estar vestido con Cristo (v. 27b); de una sociedad en donde la estratificación tiene valor a una comunidad en la cual los estratos no tienen ningún valor (v. 28); de no pertenecer a Cristo a ser propiedad suya (v. 29a); de ser vistos como no-descendencia a ser descendencia directa de Abraham (v. 29a); de ser no-beneficiario de las promesas divinas a ser beneficiarios (v. 29c). Como tal, el bautismo funciona como un rito de transición con una fuerte carga semántica. No es un mero rito externo de iniciación religiosa, como quizás la circuncisión lo pudo haber sido para los judaizantes. Es más bien un acto místico y transformador de la gracia divina. Así lo entiende Pablo desde su propia ubicación social y nosotros coincidimos con él.

Además, toda persona bautizada —advierte Pablo— tiene a Cristo puesto como si fuera una ropa muy especial. ¿Qué significa esta metáfora? ¿A qué se refiere el verbo *ἐνδύω* (“vestirse”)? ¿Cuál es la relevancia del mismo? La imagen detrás del uso de este verbo pudo haberse referido a una o varias de las siguientes ideas: 1) la práctica ritual de quitarse la ropa antes del bautismo para ponérsela luego del mismo; 2) el acto de tener comunión mística con los dioses; 3) el concepto de que la persona posee el atributo o vicio moral al que la acción de vestirse se refiere; o 4) el mito filosófico del ser humano ideal. Sea cual haya sido el sentido original de la metáfora, finalmente Pablo parece haberse referido al acto de vestirse como un símbolo de identidad social del usuario de la ropa. Puesto que la ropa es lo que típicamente identifica a las personas, al colocarnos en Cristo como nuestro “vestido” por medio del “baño cristiano” todos llegamos a ser uno dentro del Cristo que nos cubre con la tela de su persona. Quien nos ve, ve a Cristo, o por lo menos, debería verlo. Cristo es quien nos identifica ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás. Antes de creer en Cristo y profesar dicha fe por medio del bautismo, estábamos fuera de la comunión con Cristo y “desnudos”, por así decirlo; o por lo menos vestidos con otra ropa (i.e., “la vieja vida”).

Ahora Cristo, nuestro nuevo vestido, nos une y define. Estamos íntimamente ligados a Cristo hasta el punto de que Él es el único que, teológicamente, nos confiere identidad. Por consiguiente, nuestro modo de vida debe ser claro exponente de esta realidad. Cristo es la esencia de quienes somos y de lo que debemos ser. Tanto el bautismo como el vestirse con Cristo son dos maneras de ilustrar, con imágenes propias de la cultura greco-romana, la incorporación y relación especiales del cristiano con Cristo. Desafortunadamente, en muchas de nuestras iglesias el bautismo sigue a la cabeza de los rituales secos o muertos de una religiosidad virtual y estética.

3.3. En Cristo todos los creyentes son parte de una misma comunidad en la que los estratos sociales carecen de valor (v. 28)

Por cuanto los cristianos profesan la misma fe en Cristo, son hijos e hijas del mismo Padre, han sido bautizados por Dios y están revestidos de Cristo, por tanto, las diferencias sociales no son más criterios de identidad, mucho menos de clasificación y tratamiento de las personas de acuerdo a clases, rangos o rótulos sociales. Cristo, nuestra ropa, tapa todo aquello quitándole valor. Por lo tanto, ya no hay lugar para los estratos sociales o jerarquías, pues las divisiones y desigualdades de la cultura dominante han llegado a su punto final, son asunto del pasado. Creer y estar unido a Cristo significa ser coparticipes de un nuevo orden de cosas, en el que Cristo tiene y debe tener siempre la primacía. Por eso en este versículo Pablo recuerda a los galatas que las bipolaridades tradicionales “judío-griego”, “esclavo-libre” y “hombre-mujer”, a manera de ejemplos, no deben existir en la iglesia. La unidad cristiana debe imperar. Esta posición es consecuente con lo que Pablo ha dicho en otras ocasiones a otras iglesias.

En términos místicos, todos los cristianos son “una sola persona”, es decir, ese Cristo que llevamos puesto. Pablo hace un llamado a la integración de los polos opuestos, siendo Cristo el elemento mediador e integrador. Somos los bloques y él es el cemento, por decirlo de otra manera. De modo que el bautismo señala y promueve la inclusividad entre los creyentes. Pero más que una declaración de identidad social y unidad, el mensaje de Pablo señala en forma embrionaria cómo debemos tratarnos unos a otros. Es una exhortación que nos insta a seguir en pos de una ética personal, social y política, comenzando por la misma iglesia. Las implicaciones de esta verdad ético-teológica son enormes.

En lo que aparenta ser una fórmula estereotipada, Pablo ha citado tres parejas de estratos sociales, cuyos miembros en la historia y la cultura del judaísmo y el mundo greco-romano fueron extremos y mediaciones de dominación y exclusión. Estos representaban algunos de los más importantes “estatus naturales” (es decir, condiciones en las que las personas venían al mundo), cuya función era dar estructura al cosmos. Sin embargo, proponer la eliminación o relativizar significativamente la pertinencia de estas categorías de organización social era no sólo hacer una valoración peyorativa de las diferencias de estatus y roles, sino una forma de comenzar a contrarrestar algunos de los estereotipos comunes y alterar la misma visión de mundo. Pablo creció en una cultura en donde quizás él, como tantos rabinos, daba gracias a Dios por haber nacido judío, libre y hombre. Así que afirmar tajantemente que en Cristo no hay cabida para esos renglones, es evidencia del cambio ideológico que Pablo experimentó y de la postura contra-cultural que modeló y que los creyentes deben emular. En este sentido, la propuesta paulina es revolucionaria para su tiempo y, como tal -y vista desde nuestra realidad latina- necesariamente agota la agenda cristiana de trabajo a favor de la justicia, la paz y la igualdad, sobre todo en pro de otros grupos excluidos.

3.4. Todos los creyentes son propiedad de Cristo y tienen comunión con él (v. 29a)

En el v. 28, el último versículo del pasaje con el que estamos dialogando, Pablo comparte con sus lectores las tres últimas declaraciones de identidad, las cuales se aplican a otros cristianos también. El mensaje viene dado por medio de una oración condicional del primer tipo, en la que tanto la prótasis (*Εἰ δὲ ἡμεῖς χριστοῦ*) y la apódosis son verdaderas para el autor (*ἄρα τοῦ Ἀβραάμ σπέρμα ἐστέ καὶ κατ' ἐπαγγελίαν κληρονόμοι*). Desde el punto de vista retórico, la lógica interna de esta oración condicional se resume en esta conveniente paráfrasis: “Puesto que (ya ha sido demostrado que) ustedes son de Cristo, esto quiere decir que ustedes son también descendencia directa de Abraham y herederos de la promesa.” Sigamos, pues, con unas breves observaciones de estas declaraciones de identidad para concluir nuestro análisis.

Primeramente, Pablo entiende que a partir de su argumentación en los vv. 26-28, se debe concluir que los galatas son “de Cristo” (*ἡμεῖς Χριστοῦ*) (v. 28a). ¿Qué significa esta frase? Desde el punto de vista semántico, ésta sugiere que los galatas - junto a otros creyentes - pertenecen y, como tales, tienen una relación íntima con Cristo. En su sentido más global, esta condición espiritual parece ser la última parte de una secuencia lógica de algunas frases preposicionales claves en el pasaje, en las que Pablo ha subrayado la nueva identidad espiritual del cristiano utilizando a Cristo como el criterio definitivo. Otra vez, la secuencia lógica de su argumento parece ser la siguiente: “la fe en Cristo los hace hijos e hijas de Dios. En el bautismo Dios los lleva hacia Cristo para estar en Él y Él en ustedes. Como conclusión, esto quiere decir

El bautismo señala y promueve la inclusividad entre los creyentes. Pero más que una declaración de identidad social y unidad, el mensaje de Pablo señala en forma embrionaria cómo debemos tratarnos unos a otros. Es una exhortación que nos insta a seguir en pos de una ética personal, social y política, comenzando por la misma iglesia. Las implicaciones de esta verdad ético-teológica son enormes.

que todos ustedes son de Él.” Al mantener y desarrollar esta relación con Cristo por la fe, nos convertimos en propiedad suya y disfrutamos de plena comunión con su persona. Pero también le seguimos y participamos de él por medio del Espíritu Santo. Quienes han sido víctimas de los acosos de los judaizantes necesitan escuchar este mensaje, al igual que los mismos hostigadores.

3.5. Todos los creyentes son descendencia única, directa y legítima de Abraham (v. 29b)

Dos títulos más de identidad se aplican a la comunidad multicultural de Galacia según este versículo y a todo creyente por extensión. Por una parte, todos son descendencia o semilla (*σπέρμα ἑστέ*) de Abraham, padre del judaísmo y paradigma de fe ejemplar (v. 29b). Por otra, son herederos (*κληρονόμοι*) de acuerdo a la promesa hecha a Abraham (v. 29c). Lo interesante es que Pablo usa estos títulos honoríficos restringidos tradicionalmente sólo a judíos, y ahora lo aplica a todo tipo de persona que cree en Jesús, sin importar su trasfondo étnico. Su lectura hermenéutica de estas palabras del AT es un paso importante en la dirección correcta y un incentivo para que nosotros hagamos lo mismo. El apóstol repite el mismo procedimiento hermenéutico que comenzó con su redefinición del título *υἱοὶ θεοῦ* (v. 26). Con este planteamiento el apóstol destruye los valores de exclusividad y privilegios de los que algunos judaizantes se creían dueños.

Para Pablo, los creyentes en Cristo son descendientes de Abraham. Como argumenta en Gálatas en otros lugares, Pablo entiende que en el nuevo orden social introducido por Jesús no se necesita más de “la circuncisión” para sellar la relación contractual del cristiano con Dios, ya que todos —judíos y no-judíos— son sucesores directos de Abraham. Los requisitos de la ley mosaica quedan a un lado. La fe en Cristo es el único requisito válido. Un silogismo creativo parece subyacer la declaración paulina, la cual explicitamos en la siguiente paráfrasis:

Toda interpretación fecunda de la Biblia se esfuerza por acercar el “aquel entonces bíblico” con “el ahora nuestro” de forma creativa, vivificadora y crítica. Nuestro ejercicio de lectura motiva algunas observaciones de cierre como parte de ese proceso de ponernos a tono con quiénes somos y quiénes debemos ser.

“La descendencia o semilla de Abraham es Cristo. Los cristianos son de Cristo. Por lo tanto, todos los cristianos son descendencia de Abraham.” Por medio de una lectura cristológica del AT al estilo rabínico y teniendo en mente el concepto hebreo de *yahid* (i.e., “único”), Pablo se ha concentrado en la forma singular de la palabra *σπέρμα* (en vez del plural *σπέρματα*) para argumentar la descendencia de la que se habla en Génesis 12:7, es una sola pero también única. En este pasaje esta palabra se refiere prolepticamente a la persona de Cristo y se cumple en Él. Isaac es una especie de tipo de Cristo. Por asociación, la palabra “uno” aquí se extiende a una sola descendencia para quienes la promesa hecha a Abraham es válida, a saber, a todos los creyentes en Cristo, sin importar su raza o cultura. Así pues, a pesar de no ser literalmente judíos y participantes del pacto histórico hecho con Abrahán, nosotros también somos su semilla por la común fe. En resumidas cuentas, ser prole divina es ser descendientes de Abraham (3:7, 9), con todos los derechos y responsabilidades propias del caso.

3.6. Todos los creyentes son legítimos beneficiarios de las promesas divinas dadas a Abraham (v. 29c)

Por ser de Cristo y ser descendencia abrahámica, todos los gálatas son también *κληρονόμοι* de Abrahám, es decir, están en línea directa con este patriarca y son beneficiarios legítimos de todo lo que Dios le prometió. Esto no es un estatus de privilegio del que solamente gozan los judíos creyentes. Por eso Pablo, sin discriminar a nadie, llama a todos los cristianos “co-herederos” (*συγκληρονόμοι*; Rm 8,17; Ef 3,6).

Pablo insiste en que los gálatas han recibido la promesa de Dios hecha a Abraham. Esta herencia se recibe por medio del Espíritu Santo (3,14), se cumple en Cristo (3,16), fue hecha antes del advenimiento de la Ley (3,18) y está por encima de la ley de Moisés (3,19.21-22; cf. 4,23). Por ser hijos de Dios, todos los cristianos tienen derecho a la promesa (4,28). Podemos entonces concluir que la fe expresada en el bautismo ciertamente nos confiere una nueva manera de ser. Cuando nos unimos a Cristo por la fe, las diferencias sociales quedan eliminadas, aunque sólo en el sentido “místico” o “espiritual”. En la práctica, otra cosa sucede.

4. Escollos sociales y una nueva identidad cristiana en formación

Toda interpretación fecunda de la Biblia se esfuerza por acercar el “aquel entonces bíblico” con “el ahora nuestro” de forma creativa, vivificadora y crítica. Nuestro ejercicio de lectura motiva algunas observaciones de cierre como parte de ese proceso de ponernos a tono con quiénes somos y quiénes debemos ser.

4.1. Percepción, estratificación y exclusión

Un análisis detenido de las relaciones humanas en el devenir histórico de nuestros pueblos, atestigua que aún nos movemos dentro de estructuras de pensamiento en las que se evalúa, clasifica y trata a los miembros de nuestras sociedades de acuerdo a tipos o clases. Si bien

es cierto que existen elementos comunes que unen a todos los humanos más allá de las diferencias culturales, también es cierto que existen rasgos peculiares humanos que nos distinguen los unos de los otros y que, a su vez, se agrupan bajo ciertas similitudes compartidas con otras personas. Así pues, nos catalogamos unos a otros de acuerdo a la raza, la cultura, la nacionalidad, la edad, el sexo, la contextura y apariencia física, el nivel socio-económico, la religión, la ocupación, la ideología política, el tipo de educación, el estatus migratorio, la fuerza física, la capacidad intelectual, etc. La Biblia da evidencia de este fenómeno en muchas ocasiones. Gálatas 3,26-39, especialmente el v. 28, nos muestra que Pablo y sus lectores originales conocían y utilizaban mecanismos de clasificación. Existía consciencia de este tema.

Agrupadas de forma convencional y creativa, nuestras diferencias establecen, hasta cierto punto, nuestra posición y roles en la sociedad. Hay ciertas expectativas que se generan en cuanto a nuestro comportamiento de acuerdo a los renglones a los que pertenecemos. Sin embargo, para desaire nuestro, muchas veces estas expectativas, al igual que los rótulos y actitudes que las nutren, determinan la manera cómo nos relacionamos unos con otros, especialmente en relación a aquellos que no son parte de nuestros círculos. Tarde o temprano estas diferencias se concretan simbólicamente en rótulos o etiquetas, y se tornan en mecanismos de exclusión y alienación, para sucumbir ante la aparición de “estratos”, “rangos” o “jerarquías” y el mal empleo de las mismas. Dichos mecanismos no son neutrales, por cierto. Suponen juicios de valor y la existencia de mentalidades que los amantan. De ahí que algunas personas aparezcan como “superiores” y otras como “inferiores”. Unos con más poder y beneficios, y otros con menos. Lo que simplemente comenzó como mera conceptualización de personas, termina siendo símbolo de quién pertenece y quién no, colocando a los miembros de la sociedad en competencia y conflicto los unos con los otros. Para nuestra desilusión, este síndrome o propensión social tiende a recrudecerse con la globalización del mercado, la acumulación de recursos en las manos de unos pocos, los prejuicios insuperables, el temor desmesurado, los avances científicos, la diversificación de la tecnología y las complejas redes de comunicación. Ser creyente en Cristo, lo cual en sí mismo es un renglón que confiere identidad, debe su génesis y desarrollo a los axiomas acá resumidos y corre el mismo riesgo o peligros de otras agrupaciones humanas.

4.2. Unidad, desestratificación y egalitarismo

La fe en Cristo, mediada y simbolizada por el bautismo y mostrada por una vida vivida en el poder del Espíritu, hace a todo ser humano esencialmente igual ante los ojos de Dios, sin importar cómo la sociedad dominante clasifique, valore y trate a estas personas. Este es uno de los grandes ideales y contribuciones de la fe. Por supuesto, el asunto es hacer que este ideal se convierta en realidad, pues, como dice el dicho, “del dicho al hecho, hay mucho trecho”. Una cosa es la que decimos creer, otra es la que hacemos. La misma iglesia

Para quienes “la igualdad” y “la justicia” son dos de los pilares más importantes de la fe contemporánea, Gálatas 3,26-29 es uno de esos textos fuera de serie que no debemos obviar y que, por fuerza mayor, siempre debemos re-interpretar.

primitiva no siempre fue consecuente con sus creencias. De modo que, para que este ideal se concrete, debemos hacer de Gálatas 3:26-29 un baluarte de praxis, así como nuestra visión, criterio y medida de cómo nos vemos y tratamos los unos a los otros, especialmente en cuanto a los excluidos respecta. En eso estamos de acuerdo. ¿Cómo hacerlo? Aquí es donde quizá muchos partimos por rumbos diferentes. La vida, tal como la conocemos, es una vida signada por la distribución asimétrica de poder y privilegios. Y si esto continúa así, no podemos realmente concebir concretamente lo que sería vivir en una sociedad “sin rangos”. Pero sí podemos soñar despiertos y movernos en función de esa imagen gráfica de un mundo en donde pueda reinar el amor, la paz, la justicia, la libertad y la igualdad. La vida sin ideales es aburrida, previsible, carente de motivación y derrotista. Somos y debemos ser una comunidad de sueños por alcanzar, cuya praxis siempre nos debe acercar un poquito más hacia este norte del que Jesús, Pablo, los profetas y otros grandes visionarios nos hablaron de manera embrionaria y con el que se comprometieron, disfrutando en su caminar de algunos destellos de esta linda utopía. El mensaje transformador de Gálatas 3,26-29, sin duda, no ha sido agotado, mucho menos los procesos hermenéuticos que nos han de llevar a cumplir con su proyección. Para quienes creemos que la fe no es estática, la agenda sigue abierta.

4.3. Más allá de los linderos del v. 28

Puesto que las palabras de Pablo no vinieron directamente del cielo, no podemos sencillamente limitarnos a repetir el mensaje de Gálatas 3,26-29 palabra por palabra, aplicarlo a nuestra situación irreflexivamente, o hacer de este texto una mera “equivalencia cultural”, ni siquiera para cumplir con “el espíritu” del texto bíblico. Se requiere mucho más creatividad hermenéutica de nuestra parte. Las ideas, los valores y los eventos descritos en la Biblia no terminan la revelación de Dios o lo que el cristiano debe hacer en la vida. Dios se nos da a conocer en los acontecimientos mediados por nuestra interpretación dentro de y en respuesta a un contexto particular. Por ser respuestas a condicionamientos históricos, todas nuestras experiencias e interpretaciones, inclusive las bíblicas, son limitadas. El v. 28 no sólo

refleja varias categorías comunes de segmentación de la sociedad greco-romana, sino que además no toma en cuenta otros estratos de aquella misma época, aún dentro del mismo pensamiento paulino. Por ejemplo, no se habla de ricos y pobres, reyes y súbditos, sabios y no-sabios, etc. Mucho menos contempla otros grupos a quienes les damos nuestros propios nombres (por ejemplo, personas con limitaciones físicas, orientación sexual, dificultades en el aprendizaje, grupos raciales, género como construcción social de la sexualidad, etc.).

Esto quiere decir que lo que encontramos en dicho texto, desde el punto de su evolución y posterior apropiación hermenéutica, sigue con un proceso de revelación dinámica y creativa del que todavía tú y yo somos parte. Las realidades que los textos bíblicos tocan no son finales, estáticas, o completas en sí mismas. Tampoco lo son sus comunicadores, el contexto histórico, los canales y los métodos de comunicación o las lecturas de los receptores originales del mensaje. Quedarnos dentro de los contornos de Gálatas, pasando por alto nuestra contextualidad, sería sacralizar el pasado y pecar de irrelevancia para con nuestros propios contextos de vida.

Por cuanto los roles y las posiciones sociales no cuentan para nada a la luz de nuestra fe en Cristo, nuestro análisis no puede terminar en la objetivación, sacralización y trasplante de solamente los estratos sociales de ese pasaje o del NT, mostrando solidaridad a favor de esos grupos. Debemos llevar la reserva de sentido de este texto a lo que aparenta ser una lógica proyección y, quizá, conclusión. De manera que, partiendo de “el boceto” de identidad cristiana que Pablo comparte con los gálatas, hay que reflexionar sociológica y teológicamente sobre la dinámica “inclusión-exclusión” en la iglesia y las implicaciones del Evangelio para con ella. Hay que identificar los estratos sociales hoy día y su interrelación; quiénes llevan la peor parte en esta segmentación de la sociedad; cómo, quién, dónde, por qué y de qué se les

Pablo apreciaba y reconocía públicamente el trabajo de las mujeres como colegas en el ministerio, sus oraciones públicas (aunque con el velo puesto) y rol profético. Pero, desde nuestra realidad occidental miles de años más tarde, lamentablemente él apadrinaba también la aparente superioridad de los hombres sobre las mujeres.

excluye; cuáles son los factores y causas que promueven este fenómeno; cuáles son sus raíces y manifestaciones históricas; dónde está Dios en este proceso y cómo hacer justicia; y qué debemos hacer para incluir a personas que sistemática y estructuralmente han sido excluidas de la gran familia de Dios. Por supuesto, llevar los valores de Pablo hacia su lógica conclusión no es “soplar y hacer botellas”. Es tarea hartó difícil pues existen intereses contrarios a las implicaciones embrionarias de este texto, aun dentro de aquellos que lo creen y no lo aplican o que hacen muy poco para cumplirlo.

4.4. Ambigüedad y opciones responsables

En nuestro esfuerzo por crear comunidad, debemos tomar en cuenta el ejemplo relativo de Pablo, pues el tal no parece haber sido completo ni totalmente consistente. Su ministerio no parece haber honrado la máxima teológica del v. 28, a lo menos no en su totalidad. Pablo apreciaba y reconocía públicamente el trabajo de las mujeres como colegas en el ministerio, sus oraciones públicas (aunque con el velo puesto) y rol profético. Pero, desde nuestra realidad occidental miles de años más tarde, lamentablemente él apadrinaba también la aparente superioridad de los hombres sobre las mujeres, promovía que las mujeres casadas debían aprender en sumisión y prescribía su conducta en otras áreas personales. Aunque sugirió la liberación del esclavo Onésimo, aceptó la institución de la esclavitud acriticamente. Por lo que hay en su actitud una postura a favor del status quo. Pablo no tuvo tolerancia por el pensamiento de sus opositores, retuvo prejuicios y estereotipos en contra de los “paganos” y formas de lo que hoy se llama “homosexualidad”. Además, debemos tomar en consideración que Pablo fue un individuo, él no habló por todo el cristianismo de la época. Tampoco es vocero de la Biblia, pues esta se formó mucho después.

Aunque es posible que la pasividad de Pablo sobre estas áreas obedeció a su espera del fin del mundo, no debemos olvidar tampoco que el ministerio de Pablo consistió en predicar el Evangelio a los no-judíos (por eso la expresión “apóstol a los gentiles”) y crear una comunidad sin barreras raciales, culturales y religiosas. Esta fue la opción preferencial de Pablo y el área en la cual vemos su mayor éxito. Esto en parte explica su interés en el primer par de esta lista de estratos del v.28. Con todo, la fe cristiana, y sobre todo la encarnada en Pablo, al contrastarla con la cultura dominante, fue una gran fuerza promotora de cambio e integración sociales. En honor a este legado, la iglesia, en el nuevo milenio, debe ser la realización del “nuevo mundo bajo las condiciones de este mundo”. Y esto implica estar sujetos a las ambigüedades de la vida y asumirlas con responsabilidad e integridad.

Ya que nuestro impacto en el mundo en que vivimos es finito e incompleto, hay que escoger las batallas por pelear y decidir cómo hacerlo. Obviamente, no podemos hacer de todo siempre, ni ser todo a toda persona, en todo tipo de circunstancia. Pablo se dio a la tarea de trabajar por la inclusión de los no-judíos en el cuerpo de Cristo. Y al tomar esta opción, dejó por fuera otras

esferas de la vida social que pudieron ser transformadas positivamente por el Evangelio. Ni Pablo ni nosotros podemos ser absolutamente consistentes y consecuentes, mas no por ello no debemos de esforzarnos para lograr esta meta.

4.5. ¡Fuera de Cristo y en Cristo todavía hay diferencias!

Aunado a la observación anterior, debemos estar conscientes de que al hablar de nuestra identidad social “en Cristo”, por definición excluimos a aquellos que no creen en Cristo, lo cual nos haría parte de lo que Néstor Míguez ha llamado “un inclusivismo exclusivo”. Si hacemos de esta paradoja algo nuestro, nos veríamos forzados a afirmar que la estratificación social que separa y subordina a los seres humanos (de lo cual Pablo nos ha dado un ejemplo) solamente desaparecería dentro del seno de la comunidad cristiana o a los ojos de Dios por medio de la obra de su Hijo. ¿Es esto lo que queremos? ¿Estamos conforme con ello? Si Cristo es la fuerza que destruye los rangos, las estructuras verticales, la injusta distribución de posiciones y recursos, y la misma exclusión, y esto solo es posible por medio de la fe en Él, ¿qué hacer entonces con aquellos que no creen en Cristo o aun con los que simplemente creen en Dios, o las personas que siguen portándose como si los privilegios y las diferencias cuentan como lo más importante en el relacionamiento humano? ¿Seríamos capaces de incluirlos a pesar de estas diferencias?

Obviamente, estas posibilidades quedarían anuladas automáticamente si nos restringimos al criterio de “la fe en Cristo” y no tendríamos nada más que decir sobre el asunto. No obstante, en nuestra reflexión debemos reconocer que hablar de la identidad cristiana supone, entre otras cosas, hablar de quienes por decisión propia o fuerza mayor deciden ser parte de nosotros, pero también, en el peor de los casos, de quienes siguen por otro camino, particularmente el de esta sociedad post-moderna. ¿Significa esto que no debemos ir más allá de los límites de la retórica de Gálatas a objeto de incluir a otras personas bajo una nueva concepción de lo que significa ser “una nueva humanidad”? ¿O es que la nueva humanidad ya está definida? En otras palabras, ¿debemos seguir renovando este concepto de identidad o sencillamente conformarnos con la definición bíblica?

Todo depende de la posición que adoptemos sobre este tema y de las ideas que las han de sustentar. Pero si queremos ser consecuentes con el movimiento que ya el texto bíblico ha iniciado dentro del mismo contexto bíblico y ponerlo a dialogar con el progreso que en cuanto a derechos humanos hemos logrado en las últimas décadas, necesitamos continuar formulando preguntas como las anteriores, como primer paso antes de tomar decisiones. El punto es tan importante que no podemos obviarlo o reprimirlo.

4.6. Redefinición de lo tradicional e identidad cristiana

Termino repitiendo el punto de que uno de los rasgos sobresalientes de Pablo en el breve texto que leímos, es su audacia e intencionalidad al tomar valores y términos

Como individuos abiertos al dinamismo de la fe y las correspondientes apropiaciones hermenéuticas, no podemos esperar menos que seguir esta trayectoria histórica y, al comprometernos con ello, habremos de buscar otras maneras de redefinir lo que significa ser cristiano a partir de estos precedentes pero a la vez trascendiéndolos.

tradicionales para verter en ellos un nuevo contenido, fruto de una nueva comprensión de su realidad social. Por ejemplo, Pablo tomó los vocablos “hijo de Dios,” “descendencia de Abraham,” “herederos”, para extender los límites semánticos, históricos y culturales de los mismos, a fin de incluir a personas que, por costumbre, habían sido marginadas en la cultura dominante. Desde nuestra ubicación social siglos más tarde, creemos que este fue un ejercicio hermenéutico legítimo y necesario, si bien fue controversial para sus opositores y aquella sociedad y no siempre consecuente en cuanto praxis de la iglesia o el mismo apóstol.

De la misma manera, Pablo simplificó los estratos tradicionales del mundo greco-romano colocándolos debajo de una sola categoría unificadora, es decir, Cristo. Contra viento y marea, Pablo cristianizó, por así decirlo, algunas de las creencias y los valores de la cultura imperante para conformarlos a su versión del Evangelio, creándose con ello una nueva comunidad. Y al atreverse a leer parte de su mundo desde una nueva perspectiva, Pablo terminó contribuyendo a la comprensión del mismo de una manera relevante y dadora de vida a un número mayor de personas.

Como individuos abiertos al dinamismo de la fe y las correspondientes apropiaciones hermenéuticas, no podemos esperar menos que seguir esta trayectoria histórica y, al comprometernos con ello, habremos de buscar otras maneras de redefinir lo que significa ser cristiano a partir de estos precedentes pero a la vez trascendiéndolos. Esto es indispensable si es que estamos dispuestos, como el apóstol, a hacer de nuestra fe en Cristo algo pertinente a cada momento histórico. Este es nuestro deseo pero a la vez nuestro desafío.**SV**

Dr. Aquiles Ernesto Martínez es profesor de Religión, coordinador del Programa de Religión de la Universidad Reinhardt, Waleska, Georgia, Estados Unidos.